

obsequio á la dignidad de su carácter rehusando recompensas pecuniarias de parte del Monarca, la opinion pública permaneció invariable respecto de su talento, de sus virtudes y servicios. Buena muestra de ello le dieron algunas ciudades importantes enviándole felicitaciones, y Lóndres mismo, que le manifestó su afecto y su admiracion con las pruebas más significativas. Porque como aconteciera pocos dias despues de su dimision la fiesta del lord alcalde, y fuesen á comer á Guildhall el Rey con su familia, en el tránsito de palacio al ayuntamiento, y yendo S. M. en carroza de ceremonia, recibió una enseñanza memorable, viendo que, mientras nadie se fijaba en él siquiera, los ojos de todos estaban puestos en el ministro caído, y oyendo que las aclamaciones eran para este. En efecto, las calles, ventanas y tejados resonaban con vítores y aplausos dirigidos á él, y las damas agitaban sus pañuelos, y las gentes del pueblo se agolpaban al paso de su carruaje, y daban la mano á sus lacayos y hasta se abrazaban á los caballos, gritando con voces desaforadas: «¡Viva Pitt! ¡Abajo Newcastle! ¡Abajo Bute!» Al entrar en Guildhall, todo el público allí congregado, incluso los ediles, saludó á Pitt con aplausos y vivas, y mientras, lord Bute al pasar por Cheapside tenía que sufrir silbidos y pedradas, y tal vez habria corrido su persona grave riesgo á no haber rodeado su coche una guardia formidable de boxeadores.

Muchos censuraron la conducta observada por Pitt en aquel dia, calificándola de irrespetuosa para con el Rey. Él mismo convino despues en su falta; pero bueno será decir que la cometió como tantas otras posteriores, y algunas más graves, inspirado de su turbulento y peligroso pariente lord Temple.

Los acontecimientos que siguieron inmediatamente la retirada de Pitt elevaron su fama á mayor altura que lo estuvo nunca, demostrando que la guerra con España era inevitable, como habia previsto. Además, recibió el Gobierno la noticia de la toma de la Martinica, expedicion que mandó Pitt. Despues cayó la Habana en poder de los ingleses, y Manila tambien; y como se sabía de público estos proyectos suyos, á él atribuyeron el suceso. Pero la flota de América que habia propuesto en Consejo interceptar, llegó felizmente á Cádiz, desembarcando un inmenso cargamento en lingotes ántes de que Bute se hubiera persuadido de que la corte de Madrid alimentaba hostiles propósitos hácia los ingleses.

La legislatura que siguió á la retirada de Mr. Pitt pasó sin tempestades parlamentarias. Bute se encargó del papel principal en la Cámara de los Lores; y como era secretario de Estado y en realidad primer ministro, sin haber hablado jamás en público sino en comedias caseras, todos estaban llenos de curiosidad por oirlo: gran número de diputados se agolpó el primer dia, invadiendo hasta las gradas del trono en la Cámara alta, y generalmente aguardaban verlo cortarse y quedar deslucido ante tan respetable concurso; pero luégo que pronunció su discurso, tuvieron que confesar hasta los más malévolos que habia estado mejor de lo que pudiera esperarse. Bien es cierto que se burlaban de su estilo hinchado y de sus ademanes teatrales, y que se divertian remedando las pausas que hacía, no por falta de seguridad en el discurso, sino por afectacion en aquellos párrafos á su parecer más importantes y en orden á los cuales queria producir efecto. Carlos Townshend dijo con este motivo que

se detenía de tiempo en tiempo para dar ocasion á periódicos aplausos de sus parciales; pero, no obstante, la generalidad sostuvo, despues de oirlo, que si hubiera tomado años atras el hábito de las discusiones parlamentarias, habria conseguido ser orador capaz de producir efecto en las Cámaras.

La direccion de la de los Comunes la tenia Jorge Grenville, no siendo muy ardua su tarea, pues por el momento, como no juzgó Pitt oportuno levantar bandera de oposicion, sus discursos brillaron aquella temporada, aparte de la elocuencia, incomparable siempre, por la moderacion y la modestia, cualidades que no revistieron otras veces por avenirse mal con su carácter. Y cuando se declaró la guerra á España, si reivindicó la honra de haber previsto lo que al cabo era manifesto á todos, se abstuvo de pronunciar la menor palabra que pudiera herir las susceptibilidades de los demas; conducta reservada y prudente, tanto más meritoria en él, cuanto ménos propia era de su modo de ser, no nada pacífico, y entónces, sobre todo, que lo mortificaba la gota y la calumnia. En cambio, la corte adoptó contra él un sistema de guerra que, dicho sea de paso, se volvió en su propio daño con peligroso resultado, pues de los escritores de un orden secundario que poblaban las buhardillas de Grub-Street, bien podia decirse que la mitad vivia de calumniarlo, y que su guerra de Alemania, sus subsidios, su pension y los honores conferidos á su mujer, fueron para estos una manera de plaza de abastos. No pareciendo suficiente, se recurrió á insultarlo en la misma Cámara de los Comunes, y un dia fué objeto en ella de ataques tan violentos y maliciosos que hicieron montar en cólera á los hombres de todos los partidos. Pitt sufrió el ultraje con ad-

mirable paciencia; y si cuando más jóven se mostró siempre harto fácil y presuroso en tomar desquite de aquellos que le ofendian, entónces el convencimiento de sus grandes servicios y del alto rango que ocupaba, no sólo á los ojos de sus compatriotas sino del mundo entero, le impusieron gran circunspeccion y mesura, no dejándole descender á que-rellas personales. «No es la ocasion presente—dijo en el debate sobre la guerra de España—de altercados y reerimaciones, sino de que todos los ingleses empuñen las armas por la patria. ¡A las armas, pues,—gritó;—mostraos unidos y compactos, y olvidad cuanto no sea la cosa pública. Seguid mi ejemplo. Ved cómo perseguido por la calumnia y abrumado por el sufrimiento y las enfermedades, olvido juntamente agravios y dolencias para no atender sino á los intereses públicos.» Recorriendo y abarcando de una ojeada el conjunto de su vida, nos inclinamos á creer que nunca brillaron con resplandor más puro su genio y su virtud como durante la legislatura de 1762.

Casi al término de la legislatura y confortado lord Bute con el asentimiento de las Cámaras, determinó de dar un gran golpe y alzarse con el nombre de primer ministro, ya que lo era de hecho. La coaliccion, que parecia omnipotente algunos meses ántes, se habia disuelto, y con la retirada de Mr. Pitt quedaba el Gobierno privado de popularidad. El duque de Newcastle, que recibió lleno de satisfaccion las nuevas de la salida del ilustre colega que tanto envidiaba y temia, sin advertir que con ella se acercaba la hora de la suya, se halagó de la vana esperanza de hallarse á la cabeza del Gobierno, hasta que acumulándose los desaires y los agravios, su pesadumbre lo persuadió de la realidad de las cosas

Destinos que siempre consideró el de Newcastle como propiedad suya para repartirlos entre sus deudos, se dieron sin consultarlo, y sus protestas y reclamaciones no le valieron sino palabras evasivas en las cuales le hicieron entender que la hora de abandonar los negocios era llegada para él. Tanto es así, que insistiendo cierto día con lord Bute á favor de un prelado *whig*, y enumerando sus títulos para ocupar la sede arzobispal de York, el conde le contestó: «Si tan elevado concepto teneis de ese prelado, me sorprende que no le dierais esa silla cuando estabais en el poder y en condiciones de hacerlo.» El anciano se asía, sin embargo, de una manera desesperada á los despojos del naufragio; y á decir verdad, pocas veces ha ofrecido tan altos ejemplos de humildad y benevolencia la virtud cristiana como su paciente, abyeeta y miserable ambicion, hasta que al fin hubo de comprender que todo habia concluido para él, y entónces abandonó aquella corte cuyos más elevados empleos ocupó durante cuarenta y cinco años, y fué á ocultar entre los cedros de Claremont su vergüenza y su dolor. Lord Bute lo reemplazó á seguida en la Tesorería.

El favorito cometió con esto una falta gravísima; pues no era posible imaginar instrumento más apropiado á sus designios que lo era el rechazado por él, ó mejor dicho, que el arrojado por él al odio de sus enemigos. Porque si hubiera seguido lord Bute dejando al de Newcastle representar papel de primer ministro, habria gozado tranquila y pacíficamente de la realidad del poder, y colocado poco á poco, unos en pos de otros, á los *toríes* en todos los cargos públicos, sin excitar clamores entre los *whigs*, cuyo pontífice máximo hubiera sido en puridad de verdad responsable ó cómplice

cuando ménos del suceso. Lord Mansfield, que puede reputarse con justo título padre del *torismo* actual, del *torismo* reformado, hizo á lord Bute las observaciones que acabamos de apuntar, para identificarlo con el orden de cosas á virtud del cual la Cámara de los Comunes constituye la corporacion más poderosa del Estado; que la sutil y penetrante inteligencia de Mansfield no se dejaba deslumbrar por las teorías que tanto imperio ejercían sobre Bute, y la temeridad con que provocaba éste la enemiga y la saña de los intereses más poderosos y más profundamente arraigados, repugnaba de todo en todo á la tímida y fría naturaleza de aquél; mas fueron en vano los consejos. Bute los recibía con impaciencia, y sólo ansiaba ser de hecho y de derecho, pública y secretamente, jefe del gobierno, sin advertir que se habia empeñado en una empresa para el mejor éxito de la cual, y hasta para su propia seguridad, necesitaba de una pantalla, que se le ofreció tal y tan ocasionada como para satisfacer al más exigente, y que daba con ella al traste, quedando sin defensa por vanidad ú orgullo.

Entónces comenzó el nuevo sistema de gobierno, alcanzando la plenitud de su apogeo el partido *tory* por la primera vez desde que la casa de Hannover ocupaba el trono. Bute era *tory*; lord Egremont, sucesor de Pitt en la secretaría de Estado, también era *tory*, é hijo de *tory*; sir Francis Dashwood, hombre de muy escaso talento, de ménos experiencia y de notoria inmoralidad, canceller del Sello, era *tory* asimismo y ex-jacobista; y la casa real lo propio que el Gabinete se pobló de personajes que pocos años ántes no brindaban sino por el Rey desterado. La posición respectiva de los dos grandes centros universitarios de la nacion cambió de re-

rente: la universidad de Oxford había sido largo tiempo el foco principal de los desafectos; en los tiempos de turbulencia se vieron brillar las bayonetas en High-Street, y á los emisarios del Rey hacer pesquisas en los colegios, y en el anfiteatro, á los doctores más graves y sesudos, pronunciar sediciosos discursos en lenguaje ciceroniano, y á los estudiantes, brindar por Jacobo y entonar himnos jacobistas, y á uno de los cuatro cancilleres que se sucedieron al frente de la Universidad, públicamente al servicio del sucesor de Carlos, y á los tres restantes gozar fama de ser corresponsales de la familia expatriada: la de Cambridge á su vez había sido especialmente favorecida de los príncipes de la casa de Hannover, y mostrándose reconocida en gran modo á sus beneficios: Jorge I enriqueció su biblioteca, y el segundo de este nombre contribuyó con esplendidez á embellecer su salon de grados; las prebendas y obispados fueron como patrimonio de sus discípulos; tuvo por canceller al duque de Newcastle, jefe de la nobleza *whig*, y por segundo á lord Hardwicke, el maestro de los jurisconsultos del partido, habiendo sido sus dos representantes individuos del gobierno bajo los *whigs*; pero luego mudó el aspecto de las cosas, y mientras á la universidad de Cambridge se dispensaba frío acogimiento en Palacio, la de Oxford era objeto de gracias sin medida y de benevolencia suma.

La consigna del nuevo ministerio fué *Prerogativa é Integridad*, y que no fuera el Rey juguete de individualidades ni parcialidades, pues Jorge III no queria verse obligado á tomar por sus ministros personas que no le fueran gratas, como aconteció á su abuelo con Pitt, ni tampoco á separarse de los que merecieran su confianza, como sucedió con

Carteret. El sistema de corrupcion parlamentaria, que nació bajo los dos últimos reinados, debia tambien desaparecer; y en prueba de ello se anunciaba ya con grande aparato de palabras que desde los primeros dias del advenimiento del nuevo Rey ni electores ni elegidos recibian la menor cosa de los fondos secretos. Así, pues, libertar á la Inglaterra del soborno y de las cábalas oligárquicas, separarla de sus alianzas continentales, y poner término á la guerra sangrienta y dispendiosa que sostenia con Francia y España, tales fueron los proyectos que lord Bute pretendia realizar.

Sólo en parte logró su objeto. A costa de una mancha indeleble de mala fe, rompió con sus aliados alemanes. La guerra franco-española terminó, merced á una paz honrosa ciertamente para ella, pero no tanto como hubiera podido esperarse al cabo de una larga serie de victorias por mar y tierra, conseguidas en todas las partes del mundo. Por lo que hace á lo interior del reino, el único resultado de la política de Bute fué hacer más violentas las facciones y más vergonzosa que nunca la corrupcion parlamentaria.

La mutua odiosidad que se tenian los partidos *whig* y *tory*, que comenzó á debilitarse con la caída de Walpole, y pareció luego casi extinguida y acabada de todo punto á fines del reinado de Jorge II, renació con su fuerza primera, por más que aun estuvieran muchos *whigs* en el poder, tales como el duque de Bedford, firmante del tratado con Francia; el duque de Devonshire, que aun cuando de mal talante, seguia ejerciendo el cargo de gentil-hombre de cámara; Grenville, director de la Cámara de los Comunes, y Fox, que seguia disfrutando en silencio de los inmensos beneficios de su empleo: que la

masa del partido, de un extremo á otro de la nacion, miraba con horror al nuevo ministro. Consistia esto hasta cierto punto en que á Bute no lo miraban los ingleses con buenos ojos por suponerlo privado, y en que siempre fueron aborrecidos de sus compatriotas; como que nunca despues de Buckingham ejercieron favoritos el poder, y que, á partir del día de su muerte á manos de Felton, ni el más arbitrario y frívolo de los Estuardos puso en olvido que sólo debia de confiarse la suprema direccion de los negocios á quienes hubieran dado muestras de talento en la discusion ó en la administracion. Strafford, Falkland, Clarendon, Clifford, Shaftesbury, Lauderdale, Danby, Temple, Halifax, Rochester y Sunderland, cualesquiera que hubiesen sido sus faltas, eran hombres de aptitud reconocida, que no debieron su nombre únicamente al favor del soberano, sino al contrario, y cuya mayor parte fijó primero los ojos del monarca en su persona, desplegando raras cualidades en la oposicion. Y aún cuando parecia que la Revolucion hubiera puesto á cubierto el Estado de influencias como la de Carr ó de Villiers, gracias al afecto personal del Rey, acababa de pasar entónces un hombre, inexperto en política, y que no habló ántes nunca en el Parlamento, por sobre una multitud de oradores, de hacendistas y de diplomáticos eminentes, trasformándose de funcionario palatino en secretario Estado, y pronunciando su primer discurso cuando ya se hallaba en plena posesion del gobierno. El vulgo, que no lo es en vano, buscó á seguida y halló presto, en su sentir, la explicacion del fenómeno, y publicó su descubrimiento sin más tardanza, por medio de soeces canciones, que se oyeron en todas las callejuelas de Lóndres, y se leyeron en todas sus esquinas.

Más aún. Al sacudir su letargo el espíritu de partido por obra de las torpes provocaciones del conde de Bute, despertó á su vez una furia más terrible y peligrosa todavía, cual era el espíritu de animosidad nacional; uniéndose por tal modo al encono de los *whigs* contra los *tories*, el encono de los ingleses contra los hijos de Escocia. Porque como las dos partes que forman el pueblo de la Gran Bretaña no se habian fundido todavía de una manera indisoluble, y los sucesos de 1715 y de 1745 hubieran dejado crueles y profundas huellas, los comerciantes de Cornhill temieron ver saqueadas sus tiendas por los montañeses de piernas desnudas, y recordaron aquel *viernes negro* ya pasado en que supo la *City* que los rebeldes se hallaban ya en Derby, en que los almacenes se cerraron, y el Banco de Inglaterra hizo sus pagos por primera vez en plata menuda. Por su parte, los escoceses recordaban con memorias de venganza la severidad del castigo impuesto á los insurgentes, las humillaciones militares, las leyes vejatorias, las cabezas expuestas en Temple-Bar, las hogueras y los cadalsos de Kensington-Common. Y como el favorito no era hombre que hiciera olvidar á los ingleses su origen, sino al contrario, se levantaba en toda la extension del Mediodía un clamor constante contra el espectáculo escandaloso que ofrecia, repartiendo á manos llenas los empleos y los cargos públicos, en el ejército, la marina y la administracion, entre sus paisanos los Drummond, los Erskine, los Macdonald y los Macgillivray, que no hablaban lengua de cristianos, y de los cuales algunos empezaban entónces á traer pantalones. Los cuales aventureros hubieron de sufrir de nuevo cuantas burlas son imaginables en órden á las montañas sin árboles, á las muchachas en

piernas, á los hombres que comían el mismo grano que los caballos, y lo que áun es peor, á cierta no nada limpia costumbre de arrojar las inmundicias por la ventana. Bueno será decir, en honor de la verdad y de los escoceses, que su prudencia y su orgullo les vedaron replicar, y que, como aquella princesa de las *Mil y una noches*, se taparon los oídos, y sin dejarse intimidar de las mayores injurias, ni volver siquiera el rostro, siguieron derechamente su camino hácia la fontana de oro.

Bute, que siempre fué considerado como persona instruida y de buen gusto, no bien llegó á las esferas del poder aspiró á representar el papel de Mecenas; mas si esperaba conciliarse la opinion pública protegiendo la literatura y las artes, cruel hubo de ser su desengaño. Porque entre los que recibieron más señaladas muestras de su munificencia no hallamos en verdad uno sólo bien escogido, excepto Johnson, y áun así, el público atribuyó la eleccion del doctor Johnson, ántes que á sus merecimientos literarios, á sus opiniones políticas; conjetura esta muy ocasionada en vista de que un escritorzuelo llamado Shebbeare, imposible de comparar con Johnson, como no fuera por la violencia de sus ideas jacobistas, y que fué otro tiempo á purgar en la picota cierto libelo suyo sobre la Revolucion, recibió iguales testimonios de la régia munificencia que los merecidos por el autor del *Diccionario inglés* y de la *Vanity of Human Wishes*. Un escocés llamado Adam obtuvo la plaza de arquitecto de Palacio, y Ramsay, escocés tambien, la de pintor de Cámara, mereciendo ser preferido á Reynolds. Mallet, que si como escritor gozaba de poca reputacion, tenía mucha y mala como hombre, obtuvo grandes larguezas sólo por ser de Escocia; y otro llamado John

Hume recibió al propio tiempo en recompensa de su tragedia *Douglas* una pensión y un empleo; pero cuando el autor del *Bardo* y de la *Elegía escrita en un cementerio del campo*, se atrevió á pedir una cátedra, cuyo sueldo le hacía suma falta para ocurrir á las necesidades más urgentes de la vida, y que habria desempeñado mejor que ninguno de sus contemporáneos, le negó su apoyo el favorito, y dió el oficio al dómine cuyos afanes lograron hacer de su yerno, sir James Lowther, un personaje tan aprovechado en punto á virtudes tranquilas y apacibles.

Por tal manera consiguió en poco tiempo el primer lord de la Tesorería ser aborrecido de una multitud de personas por ser *tory*, de otras por ser favorito, y de muchas más por ser escocés, y toda la mala voluntad que destilaban estos diversos manantiales, al reunirse y mezclarse en un sólo caudal, corrió impetuosa como un torrente contra el tratado de paz. El de Bedford, que fué su negociador, se vió asaltado en las calles á silbidos; á lord Bute lo acometieron é insultaron cuando iba en su silla de manos cierto dia, y á duras penas pudo rescatarlo una seccion de guardias, llegando el caso de serle muy difícil pasearse con seguridad sin ir disfrazado. El populacho no lo conocia sino por el apodo de *Jack Boot* (zapatones), y no pocas veces llevaba en procesion el emblema del mote que le habia puesto con una saya de mujer, aludiendo á la madre del Monarca, y arrojaba entrambas cosas al fuego en la plaza pública. Los libelos que á la sazón se daban á luz excedian en audacia y violencia á cuanto pudo verse ántes, é iban en aumento progresivo. Wilkes, por ejemplo, con festiva insolencia comparaba la princesa con la madre de Eduardo III, y el ministro favorito con el lindo Mortimer; y

Churchil, desahogando en el papel la cólera de que se hallaba penetrado, se dolía de la suerte de su patria, invadida de nuevos bárbaros, de una raza más cruel y de peores instintos que los Pictos ó los Dinamarqueses, por los miserables y orgullosos hijos de la Lepra y del Hambre. Conviene apuntar, para mejor inteligencia del suceso, un detalle, y es que aquel año se atrevieron los libelistas por primera vez á imprimir enteros los nombres de los burlados, y que miéntras Jorge II fué siempre el R... y sus ministros sir R... W..., Mr. P... y el duque de N... para sus contemporáneos, los de Jorge III, de la princesa madre y de lord Bute no perdonaban una letra.

Sospechábase generalmente que lord Temple incitaba en secreto á los enemigos más osados del Gobierno, y á decir verdad, los que conocian sus hábitos bien podian seguirle la pista como se sigue la de un topo, y allí donde vieran levantarse el fango suponerlo debajo sin cometer ofensa, pues se gozaba en ello y en todos los trabajos subterráneos y tortuosos. Pitt, por el contrario, se apartaba con repugnancia de obras tan inmundas, y decia en alta voz que los insultos que se proferian contra los escoceses le infundian mucho disgusto contra sus autores, y con esto exaltaba la bizarría y la lealtad que los regimientos de Highlanders habian desplegado durante toda la guerra. Mas, áun cuando Pitt no quisiera valerse de armas que no fueran legales, hartó se sabía que sus golpes, áun siendo como lo eran de buena ley, tenían más probabilidad de causar estrago que no los misteriosos y alevos de su cuñado.

Bute sintió que comenzaban á faltarle las fuerzas. Y como las Cámaras debian reunirse de allí á poco,

y á seguida comenzaría la discusion sobre el tratado, era probable que Mr. Pitt, la fraccion *whig* y las masas se inclinaran del mismo lado. Cierto es que habia profesado el favorito el principio de no apelar á los medios de corrupcion para mantener unida en favor del gobierno á la Cámara de los Comunes; mas tambien lo es que comenzaba por aquellos dias á persuadirse de que habia sido por extremo escrupuloso, y con esto á ver desvanecerse sus imaginaciones de gobiernos utópicos, y á quedar convencido de que no sólo habia menester de apelar á la corrupcion, sino á corromper más y mejor que otros y más de prisa para desquitar el tiempo perdido; que la mayoría era indispensable á cualquier precio y por cualquier medio. ¿Sería útil Grenville dada la circunstancia? ¿Sabria ó querria serlo? Porque ni su habilidad ni su firmeza estaban probadas en la ocasion del peligro, habiendo pasado siempre por humilde acólito de su hermano lord Temple y de su cuñado Pitt, y se suponía, injustamente por cierto, que áun estaba ganoso de servirlos. En vista de esto, ¿sería necesario llamar á otro en auxilio del gobierno? ¿Dónde hallarlo?

Habia un hombre cuya lógica varonil é incisiva en las discusiones se mostró siempre dispuesta en el Parlamento á medirse con el arte oratorio majestuoso y apasionado de Mr. Pitt; que así valia para el despacho de los negocios como para la discusion; cuya intrepidez no retrocedía, ni se intimidaba en ningun caso ante las dificultades ni los peligros, y que así estaba exento y libre de temor como de escrúpulos. Este hombre no era otro, ni tampoco podia serlo, sino Enrique Fox, único que á la sazón fuera capaz de hacer frente á la tempestad próxima. Sin embargo, áun en aquella ex-